

una declaración del mismo Demóstenes. En el discurso *Contra Zenotemis* que, no sabemos cómo, tuvieron los antiguos por obra del gran orador, refiere el autor, ó la persona que lo pronunciara, una conversación, desgraciadamente incompleta, que había tenido con Demóstenes. La razón que éste alegaba para negarse á apadrinarle á él, no obstante ser pariente suyo, era que desde que se ocupaba en los asuntos públicos, había renunciado por completo á intervenir en asuntos privados ante los tribunales de justicia ¹). Es evidente que esto sólo puede entenderse aplicable á su intervención como sinagoró ó abogado, lo cual no excluye la posibilidad de que algunos de los discursos forenses que aun se conservan, los compusiera Demóstenes en la época de Alejandro, así como que volviese en los últimos años de su vida, al ejercicio de su primera profesión. Falta, sin embargo, una base segura para afirmarlo rotundamente, á menos que se admita que Ciceron, al complacerse en recordar el ejemplo de Demóstenes en este punto, se fundaba en datos positivos ²).

Por lo demás, Demóstenes era aun bastante joven cuando hizo sus primeras armas en la elocuencia política. Entre los discursos suyos de este género que aun se conservan, el intitulado *Sobre las Symmorias*, pronunciado el año 3 de la 106.^a Olimpiada, 354 a. Chr., es, en orden cronológico, el primero. Que Demóstenes intervenía ya antes en los negocios públicos, se infiere así de que en el exordio de este discurso no hallamos alusión alguna á que fuese este su primer ensayo en aquel terreno, como de la circunstancia de hablarse en él de los fracasos que el orador había sufrido en los comienzos de su carrera ³). Lo mismo en esta oración que en las pronunciadas el año 352 y el 351 a. Chr., *Por los Megalopolitanos* y *Sobre la libertad de los Rodios*, encontramos expresadas ya las mismas ideas á que permaneció fiel toda su vida.

¹) Oración *Contra Zenotemis*, § 32: Δήμων, ἔφη, ἐγὼ ποιήσω μὲν ὡς ἂν σὺ κελύνης καὶ γὰρ ἂν δεινὸν εἶη (esto es, μὴ παρῆναι καὶ βοηθεῖν, como Demon le había pedido), δεῖ μὲντοι καὶ τὸ σαυτοῦ καὶ τοῦ μὸν λογίσασθαι. ἐμοὶ συμβέβηκεν, ἀφ' οὗ περὶ τῶν κοινῶν λέγειν ἠρξάμην, μηδὲ πρὸς ἐν πράγμα' ἴδιον προσελλυθέναι, ἀλλὰ καὶ τῆς πολιτείας αὐτῆς τὰ τοιαῦτ' ἐξέστηκα....

²) *Ep. ad Attic.*, 2, 1, 3: Fuit enim mihi commodum, quod in eis orationibus quæ Philippicæ nominantur, enituerat civis ille tuus Demosthenes, et quod se ab hoc refractariolo iudiciali dicendi genere abiunxerat, ut σεμνότερός τις καὶ πολιτικώτερος videretur, curare ut meæ quoque essent orationes, quæ consulares dicebantur.

³) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 7.

En opinión de Demóstenes, si no debía provocarse imprudentemente lucha alguna, tampoco se la debía temer; y lo que ante todo consideraba indispensable, era consolidar la posición de Atenas; pero no ya como antes, por medio de una hegemonía basada en la opresión de los confederados, sino con una política desinteresada y cuyo principal objetivo fuera el bien general de los helenos.

Cuando aun no hacía mucho tiempo que Demóstenes se consagraba á la política, y cuando, según resulta de sus propias palabras ¹), no había conseguido aun figurar entre los oradores más insignes y de mayor prestigio, comenzaron las discordias entre Atenas y el rey Filipo. También Demóstenes permaneció largo tiempo en el error á que se abandonaba la gran mayoría de sus conciudadanos, sin conocer la extensión del peligro que por parte del ambicioso rey de Macedonia, hombre de grandes dotes militares y dispuesto á llevar á la práctica sus vastos planes de conquista, amenazaba á Atenas. Sin embargo, cuando la embajada á Macedonia, de que formó parte en el año 2 de la 108.^a Olimpiada, 346 a. Chr., le proporcionó ocasión de examinar más de cerca la verdadera situación de las cosas, y de conocer á fondo no sólo las aspiraciones de Filipo, sino también la influencia de los cómplices con que para su realización contaba en la misma Atenas, no vaciló un punto en adoptar una resolución y en lanzarse abiertamente á la lucha. Desde entonces, el partido antimacedónico no tuvo adepto más entusiasta que él, ni quien mayor y más decisivo influjo ejerciera en los acontecimientos que se sucedieron.

No es este lugar oportuno para examinar una cuestión tan variamente juzgada, como la de si la política seguida por Demóstenes y aprobada por la mayoría de los atenienses, era ó no la más conveniente á los intereses de Atenas. Podrá dudarse de si ante las debilidades y flaquezas del Estado ateniense, por nadie mejor pintadas que por el mismo Demóstenes, no habría sido más prudente no trabar lucha con una potencia que disponía de un ejército numeroso, disciplinado y aguerrido, y que estaba sometida á la voluntad de un solo señor. Pero precisamente en este error, tan nefasto para él como para todo el pueblo ateniense, estriba la grandeza de Demóstenes. Cuanto más desfavorable era

¹) *Filípica*, I, 1.

la perspectiva del éxito, tanto más admirable parece lo que en definitiva realizó. Claro es que no podemos descender aquí á referir los pormenores de la lucha que Demóstenes sostuvo al mismo tiempo en Atenas contra el partido que allí secundaba las pretensiones de Filipo, y fuera de Atenas con todo el poderío del macedonio. Basta con recordar que si en la última fué vencido, en la primera quedó vencedor. La misma batalla de Queronea quebrantó tan poco el prestigio de que gozaba en su patria, que Filipo creyó prudente desistir de la primitiva condición que había impuesto, de que le fueran entregados varios oradores enemigos de Macedonia: hecho que se repitió después de la destrucción de Tebas por Alejandro.

Cómo Demóstenes, pocos años después de haber alcanzado un glorioso triunfo sobre Esquines, su enemigo más enconado y peligroso, con la primera obra maestra de la elocuencia ateniense, y en una época en que su carrera parecía casi llegar á su fin, se encontró sin poder hacer frente con éxito á una acusación dirigida contra él, parecería inexplicable si no fuesen frecuentes en política semejantes anomalías producidas por las efímeras alianzas de los partidos extremos. Sólo el concierto y acción común de los enemigos de Demóstenes y de buen número de corifeos del partido antimacedónico, explicarían el giro que el llamado proceso de Harpalo tomó para el gran orador; aun cuando por otra parte es difícil justificar el silencio en que parece éste haberse encerrado, no obstante que las acusaciones contra él lanzadas por sus antiguos correligionarios debían llagarle mucho más que las de sus enemigos de siempre.

La inconstancia de los atenienses, de la cual la generación siguiente dió las más tristes muestras por su conducta para con un estadista quizá más benemérito que el mismo Demóstenes, Demetrio Faléreo, manifestóse poco tiempo después. A la muerte de Alejandro siguió inmediatamente en Atenas la proposición de que Demóstenes fuese llamado á su patria, y á su regreso fué recibido en triunfo. Sin embargo de esto, parece que su influencia en la dirección de los negocios públicos fué desde entonces menor que la del orador Hipérides. Por lo menos no tenemos noticias de que después de su entrada en el Peloponeso, donde todavía como proscrito había influido en favor de una alianza contra los macedonios, dirigiera la palabra al pueblo. Mas las halagüeñas esperanzas de Atenas, no debían durar mucho; el desgra-

ciado término de la breve guerra de Lamia, obligó á Demóstenes á abandonar por segunda vez su patria; y, temiendo caer en manos de sus perseguidores, prefirió envenenarse en el templo de Poseidon de la pequeña isla de Calauria, situada en la costa de la Argólida, sustrayéndose así á la muerte que aguardaba á sus correligionarios. Murió el año 3 de la 114.^a Olimpiada, 322 a. Chr., con el cual se abría una época completamente nueva, cuyo comienzo vino á señalar no sólo la pérdida de las libertades helénicas, sino al mismo tiempo la decadencia de la Literatura nacional que tenía en aquéllas sus fundamentos y raíces.

Es rasgo que honra á los atenienses el de no haber olvidado la memoria del hombre á quien eran deudores de no haber sido juzgados sin gloria. Unos cuarenta años después de la muerte de Demóstenes, el 1 de la 125.^a Olimpiada, 280 a. Chr., á propuesta de su sobrino Demócates, acordóse erigir al gran orador una estatua de bronce en el mercado, y concediéronse al más anciano de su familia los privilegios acostumbrados en tales casos. Lo mismo el decreto, que la inscripción que llevaba la estatua, han llegado hasta nosotros: «Si tu poder, oh Demóstenes,—decía esta última—hubiera igualado á tu genio, jamás hubiera imperado en Grecia la espada del Macedonio»¹⁾. La idea de esta suerte expresada no deja de ser hasta cierto punto exacta, aun cuando como es natural, el sitio á que iba destinada la inscripción sólo consintiera incondicionales elogios. Mas precisamente la carencia de aquel poder con que hacer frente al de Filipo, es lo que constituye la parte débil de la política preconizada por Demóstenes. Agregábase á esto, que el fin á que iban encaminados todos sus esfuerzos, no era la realización de un pensamiento nuevo y que cuadrara al estado del país, sino la restauración de un orden de cosas irrevocablemente destruído. Ahora bien: si se pregunta qué habría sucedido si la fortuna hubiera dado el triunfo á los atenienses, contestaremos, como ya ha observado con razon un historiador egregio²⁾, que, aun en el caso mejor, habrían sobrevenido circunstancias análogas á las que antes había atravesado Atenas

¹⁾ Plutarco, *Vita Demosthenis*, 30, y en otro pasaje:

εἶπερ ἴσθην βίωμην γνώμη, Δημόσθενες, εἶχες,
οὐποτ' ἂν Ἑλλήνων ἦρχεν Ἄρης Μακεδῶν.

²⁾ Droysen, *Geschichte des Hellenismus*, vol. I, p. 33.

y cuya inestabilidad había quedado demostrada: en el exterior, la hegemonía con todas las inevitables luchas por ella provocadas, y en el interior la discordia de los partidos, y como consecuencia de ella, la falta de una política firme, enérgica y constante.

Hemos llegado á un terreno en el que sólo parece necesario entrar para combatir la falsa idea de que corresponde á Demóstenes, entre los estadistas de Atenas, un puesto análogo al que con razón ocupa como patriota entusiasta y sobre todo como orador. Mas antes de examinar á fondo en qué se funda la superioridad que bajo este último aspecto le reconocieron unánimemente los antiguos, nos parece oportuno decir lo más indispensable acerca de la Colección de los discursos suyos que ha llegado hasta nosotros.

Por lo que hace á la historia de esta Colección, observaremos que quedan aún varios puntos por dilucidar. Es indudable que aquellos discursos fueron primitivamente coleccionados en Alejandría, y, según se infiere de repetidas indicaciones, el colector fué Calímaco. A juzgar por la única noticia que sobre el particular se nos ha transmitido, el número de oraciones de Demóstenes reconocidas como auténticas, ascendían á sesenta y cinco ¹⁾; en ninguna parte, sin embargo, encontramos la cifra de aquellas cuya autenticidad había sido puesta en duda. Entre estas últimas deben contarse un elogio de Pausanias, asesino de Filipo, y dos discursos relativos al proceso de Harpalo, que incidentalmente cita Dionisio de Halicarnaso ²⁾; uno sobre la extradición de los oradores pedida por Alejandro ³⁾; una acusación de Démades ⁴⁾, y tres oraciones sobre querellas privadas, que sólo conocemos por las citas de sus títulos.

Si es cierto que se da por seguro que no tenemos que lamentar hoy la pérdida de ninguno de los discursos auténticos de De-

¹⁾ *Vitae X oratorum*, p. 847, e: φέρονται δ' αὐτοῦ λόγοι γνήσιοι ἐξήκοντα πέντε. Blass supone que esta cifra es la total y que falta la de los discursos reconocidos como auténticos. Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 57, p. 1126, hace ascender el número de líneas, sin duda sumando las de todas las oraciones, de 50.000 á 60.000.

²⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 44, p. 1095, tilda de apócrifos, en unión del *Epitáfico*: πάλι τὸ τοῦ σοφιστικοῦ λήρου μεστὸν ἐγκώμιον εἰς Παισανίαν, los discursos ἀπολογία τῶν δώρων y περὶ τοῦ μὴ ἐκδοῦναι Ἄρπαλον, c. 57.

³⁾ Suidas, *vide*, ἄμα.

⁴⁾ Bekker, *Anecdot.*, p. 335, 30.

móstenes que conocía la antigüedad, también lo es que el número de los comprendidos en nuestra Colección y que evidentemente no son de Demóstenes, es extraordinario. La razón de esto, sólo puede hallarse en el interés que á los antiguos críticos alejandrinos inspiraban las obras de los oradores, así como en el poco cuidado que ponían en la ejecución de su tarea. Pero aunque posteriormente se han hecho otras ediciones de los discursos de Demóstenes, en todas ellas, como acontece en la de Atico, á menudo mencionada por Harpocracion ¹⁾, parece haberse atendido sobre todo, no á separar con el auxilio de la crítica los discursos auténticos de los apócrifos, sino á la más fiel reproducción de los textos. El mismo Dionisio de Halicarnaso y su contemporáneo Cecilio, se limitaron á hacer la crítica de determinados discursos ²⁾; y aunque en general hay que asentir á su juicio, es en cambio muy considerable el número de oraciones admitidas por ellos lisa y llanamente como auténticas, y cuya falsedad demuestran argumentos incontrovertibles y persuasivos; de tal suerte, que ni siquiera han formulado la más ligera duda sobre la autenticidad de un discurso, como el ya mencionado *Contra Zenotemis*, de cuyo texto se infiere con toda certeza que no pudo ser compuesto por Demóstenes.

Lo mismo que la recopilación de estos discursos, derivase de tiempos remotos también, el orden que guardan en la Colección actual, y para el cual ha servido de base la diferencia entre los tres géneros de la oratoria: *deliberativa*, *forense* y *epidéctica ó demostrativa* ³⁾.

De estas tres clases principales, puede perfectamente suprimirse la última; pues que ninguno de los dos discursos en ella comprendidos, el *Epitáfico* y el *Erótico*, pueden ser atribuidos á Demóstenes. Es indudable que se encomendó al gran orador la tarea de componer la acostumbrada oración fúnebre en honor de los atenienses muertos en Queronea ⁴⁾; mas sólo admitiendo que

¹⁾ Véase W. Christ, *Die Attikusaussgabe des Demosthenes*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 16, parte 3.ª. De todas suertes, parece indudable que este Atico, no pudo ser el conocido amigo de Ciceron. Véase Birt, *Das antike Buchwesen*, p. 285.

²⁾ Véase Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 11.

³⁾ No hay para qué examinar aquí las diferencias que ofrece la tradición en punto á la cronología de los discursos.

⁴⁾ Discurso *Por la Corona*, § 285.

estuvo muy lejos de satisfacer en este caso las más modestas esperanzas, podría creerse en la autenticidad del primero de estos discursos, el peor en su género de cuantos conocemos. Con razón lo califica Dionisio de Halicarnaso de obra ampulosa, enfática, vana y pueril ¹⁾. Tiene de común con las demás análogas producciones, la circunstancia de no contener indicación alguna sobre las relaciones y afectos personales del autor con los elogiados; y exceptuada una alusión general ²⁾ sobre la suerte de la patria, ni una sola palabra revela la situación grave por que entonces atravesaba Atenas.

Pero es aun más incomprensible que se pudiera considerar el *Erótico* como obra de Demóstenes. Observaremos, sin embargo, que no ha encontrado aun ni un solo defensor de su autenticidad ³⁾. Precédelo una introducción en forma dialogada, cuyo comienzo, como los de dos obras de Jenofonte que ya hemos examinado, supone un diálogo anterior que el autor no ha querido dar á conocer ⁴⁾. El pensamiento capital de esta obra, es pobre y mezquino. El conjunto parece una simple imitación, cosa que quizá revela ya la misma elección del nombre de la persona á quien el discurso va dirigido, la cual, como el dueño de la casa en que según el *Fedro* de Platon compuso Lisias su *Erótico*, se llamaba Epicrates ⁵⁾. La dicción, además, antes recuerda el estilo de Isócrates que el de Demóstenes.

Las demagogías ó discursos políticos constituyen una segunda clase, la cual á su vez se subdivide en varios pequeños grupos, cuya clasificación debe derivar de más remota época ⁶⁾. Contando

¹⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 23, p. 1027: ὁ τε φορτικὸς καὶ κενὸς καὶ παιδαριώδης ἐπιτάφιος; y lo mismo Libanio, πάνυ φάλλως καὶ ἀσθενῶς ἔχοντα; y Focio, p. 492. Harpocracion, vide *Αἰγείδαι* y *Κεκροπίς*, tiene por sospechoso este discurso. En cambio no tiene importancia alguna lo que se dice en la *Retórica* atribuida á Dionisio de Halicarnaso, 6, 1, p. 259, donde parece adjudicarse á Demóstenes la paternidad del *Epitáfico*, ó el intento de Siriano, *Schol. in Hermog.*, t. 4, p. 44 de los *RHET. GR.* de Walz, de tomar la defensa de aquella opinión.

²⁾ § 32: τὰ τῆς πατρίδος πράγματα ἔρημα καὶ δακρύων καὶ πένθους πλήρη.

³⁾ La opinión de Dionisio, *loc. cit.*, c. 44, según la cual son apócrifos todos los discursos epidécticos atribuidos á Demóstenes, se extiende indudablemente también al *Erótico*. Pollux, 3, 144, consigna al citarlo esta observación: εἰ Δημοσθένους ἐστὶ τὸ βιβλίον.

⁴⁾ Dice así: ἀλλ' ἐπειδὴ περ ἀκούειν βούλει τοῦ λόγου.

⁵⁾ Página 227, b.

⁶⁾ En apoyo y como prueba de la opinión de que los títulos de los diversos

la carta de Filipo, cuya inclusión entre las obras de Demóstenes débese sólo á la existencia de una respuesta á la misma, como veremos más adelante, á todas luces falsa, asciende el número de las oraciones denominadas *Filípicas* (λόγοι Φιλίππικοί) á doce. Tres de ellas llevan el título especial de *Olímpicas*, y otras tres, á pesar de referirse á la política exterior de Atenas, no tienen conexión alguna inmediata con los asuntos macedónicos.

El primero de este último grupo, que fué al mismo tiempo el primero de los discursos políticos de Demóstenes que se consignó por escrito, es el intitulado *Sobre las Symmorias*, pronunciado el año 3 de la 106.^a Olimpiada, 354 a. Chr. Su objeto era exhortar á los atenienses para que estuviesen preparados ante los peligros que podían amenazarles por parte del rey de Persia, é invitarlos sobre todo á reformar las llamadas Symmorias trierárquicas, corporaciones establecidas en Atenas para la más pronta recaudación de los tributos y demás medios necesarios en caso de guerra. Merece especial atención, aunque quizá no tanta como le concede un crítico antiguo, un pasaje de este discurso, en el cual se dice que aun cuando los preparativos que se hicieran pudiesen parecer innecesarios por lo que respectaba al rey de Persia, siempre serían oportunos frente á aquéllos—y con esto aludía evidentemente á Filipo—cuya hostilidad era manifiesta ¹⁾. En el discurso que pronunció dos años después *Por los Megalopolitanos*, exponía Demóstenes la política que debía seguirse con Esparta y Tebas, al paso que en el que pronunció el año 2 de la 107.^a Olimpiada, 351 a. Chr., poco después de la primera Filípica, *Sobre la libertad de los Rodios*, declarábase en favor de los campeones de la democracia expulsados de Rodas, considerando que debía Atenas, en conformidad con sus tradiciones, ampararlos contra la oligarquía.

discursos, por lo demás no siempre bien elegidos, proceden de Calimaco, puede invocarse la observación de Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 994: ὁ δὲ πρὸς τὴν ἐπιστολὴν καὶ τοὺς πρέσβεις τοὺς παρὰ Φιλίππου ῥηθεῖς λόγος, ὃν ἐπιγράφει Καλλίμαχος ὑπὲρ Ἀλονήσου. Véase la *Epist. ad Ammæum*, c. 4, p. 725.

¹⁾ Véase el § 11, donde la frase ὁμολογούμενοι ἔχθροί se refiere indudablemente á Filipo; si bien es decir demasiado, lo que se asegura respecto de este punto en la *Retórica* atribuida á Dionisio de Halicarnaso, 8, 7, p. 292, y 9, 10. Lo que se dice en último término: ὅσπερ λόγος εἰκότως ἂν καὶ δικαίως ἐπιγράφοιτο περὶ τῶν βασιλικῶν, descansa en un dicho del mismo Demóstenes en el discurso *De Rhod. libert.*, § 6: οἶμαί δ' ὑμῶν μνημονεύειν ἐντίους ὅτι, ἦνίκα ἔβουλεύεσθ' ὑπὲρ τῶν βασιλικῶν.

No parece que con ninguno de estos discursos se propusiera Demóstenes conseguir resultados prácticos inmediatos. En realidad, mucho más que justificar una proposición cualquiera y conseguir su aprobación, tenían por objeto difundir las opiniones políticas de su autor en cuestiones determinadas. Eran en cierto modo, si se nos permite el símil, simples artículos ó folletos políticos. Esta circunstancia explica también, en parte, el por qué fueron consignados por escrito; pues que verosímilmente con ello se proponía el gran orador, no sólo abrir más ancho campo á la influencia de las ideas en dichas oraciones expresadas, sino hacerla más duradera. Por lo demás, bajo el punto de vista de la exposición, sería muy difícil encontrar una diferencia sensible entre estos discursos y los pronunciados más tarde por Demóstenes. Las opiniones en ellos consignadas, revelan un juicio maduro y libre de las corrientes y parcialidades que á la sazón imperaban en Atenas; al paso que la forma no sólo se halla en armonía con esta serenidad de juicio, sino que al mismo tiempo es en sumo grado dúctil y flexible. Es sobre todo hábil la manera cómo sin provocar el enojo de los atenienses, intenta moverlos en favor de los tebanos y de los rodios.

Cuán modesta debía ser, por otra parte, la influencia que Demóstenes ejercía en aquella época, despréndese claramente del exordio de la *Primera Filípica*, pronunciada poco tiempo antes del discurso *Sobre la libertad de los Rodios*. «Si se tratase de una cuestión nueva, dice, habría reservado mi opinión, según acostumbro, para aguardar que algún orador influyente presentase una proposición que fuese de mi gusto; pero como de este asunto se ha hablado ya tantas veces, espero se me disculpará de haber tomado la palabra.» Es evidente que si Demóstenes hubiera tenido por buenos los consejos ya dados al pueblo, no habría creído necesario hacerle ninguna otra advertencia. Aun cuando algunas frases de este exordio sean muy semejantes á otras empleadas por Isócrates en el comienzo de su carta á Arquidamo, apenas puede sostenerse que Demóstenes se limitara en este caso á imitar á Isócrates ¹⁾; pero aunque esto fuera, Demóstenes resultaría de todas suertes superior á Isócrates, porque, como ya ha observado Hermógenes ²⁾, la comparación de ambos pasajes favo-

¹⁾ Blass, *Att. Beredsamkeit*, 2.^a parte, p. 265 y 3.^a, p. 262.

²⁾ περὶ ἰδεῶν A. p. 320 y B. p. 412 de Spengel.

rece en sumo grado al del primero. En definitiva, sin embargo, no encontramos en ellos de común otra cosa que el empleo del mismo pensamiento, el cual, por otra parte, recomendábalo todo tratado de Retórica para la ocasión oportuna ¹⁾.

Ni en el examen de este ni de los siguientes discursos, aguarde el lector noticias detalladas de sus asuntos y contenido. Lejos de esto, nos limitaremos á dar de ellos una idea general, apuntando sólo lo necesario para que se pueda formar juicio de cada uno.

Dos años después de la *Primera Filípica*, el 4 de la 107.^a Olimpiada, 349 a. Chr., pronunció Demóstenes las tres oraciones llamadas *Olinticas*. No menos errónea que la creencia de Dionisio de Halicarnaso, según el cual la *Primera Filípica* está compuesta de dos discursos, es su opinión acerca del orden en que nos han sido transmitidas las *Olinticas*; en su sentir, la primera y la tercera han cambiado de lugar ²⁾. Ya Cecilio, contemporáneo de Dionisio, había combatido esta idea ³⁾, cuya inexactitud es hoy generalmente reconocida. Esencialmente distinto del tono imperante en este discurso, es el que ostenta la oración *Sobre la Paz*, pronunciada el año 3 de la 108.^a Olimpiada, 346 a. Chr., y cuyo título suscita fundadas dudas ⁴⁾. Esta diferencia esencial, parece haber dado margen, de una parte á la creencia en que este discurso no es original de Demóstenes ⁵⁾, y de otra, á la hipótesis de Libanio, quien sin ir tan allá, sospecha que fué escrito pero no pronunciado por Demóstenes ⁶⁾. Aunque estos juicios se apoyen en parte en lo que el orador dice en el discurso *Sobre la traición de la Embajada*, compuesto tres años después, sus palabras no son tan explícitas ni de tanto peso, que alcancen á justificar ninguna de aquellas opiniones. Pero son mayores aún las dificultades que suscita el proemio; pues que no sólo es incontestable la falta de

¹⁾ Véase *Rhet. ad Alex.*, c. 29, p. 1436, a, 39: προφασίζεσθαι δὲ ὑπὲρ αὐτῶν δεῖ τῶν μὲν νεώτερον ἐκ τῆς ἐρημίας τῶν συμβουλευόντων. Muy semejante es el comienzo del primero de los proemios que hasta nosotros han llegado con el nombre de Demóstenes.

²⁾ Véase la primera carta á Ammeo, c. 4, p. 726.

³⁾ Según testimonio del escoliasta del comienzo de la segunda *Olintica*.

⁴⁾ Véase Schäfer, *op. cit.*, vol. 2, p. 279.

⁵⁾ Véase el escoliasta, p. 158 de Dindorf: τινὲς δὲ ἐνόθευσαν τοῦτον τοῦ λόγου ὡς ἀνομοίαν ἔχοντα ὑπόθεσιν τῆς γνώμης αὐτοῦ.

⁶⁾ En la *Hipótesis*: οὗτος δὲ ὁ λόγος παρεσκευάσθαι μὲν, οὐ μὴν εἰρησθαι μοι δοκεῖ.

una justa relación entre éste y el discurso ¹⁾, sino que no se halla explicación satisfactoria alguna de cómo ha venido á parar al lugar que ocupa ²⁾.

La opinión emitida ya en la arenga de que acabamos de hablar, de que la conocida paz concertada por Filócrates era perjudicial y ruinosa, hállase más ampliamente desenvuelta en la *Segunda Filípica*, pronunciada el año 344 a. Chr. No son ya simples temores los que el orador expone en esta obra: Demóstenes ve acercarse más y más el peligro, y aunque todavía manifiesta el deseo de que sus sospechas resulten ilusorias, no puede sustraerse al presentimiento de que el mal está muy próximo ³⁾. En el discurso siguiente, *Sobre el Quersoneso*, procura en cambio mover á los atenienses á la guerra contra Filipo, pero sin llegar á hacer proposición alguna en aquel sentido. Es admirable el arte con que Demóstenes pasa á cada momento del asunto que constituía el motivo de la deliberación—las justas quejas de Filipo contra la violación de la paz, cometida por Diopites—á su verdadero tema: demostrar que la guerra con Filipo era inevitable. Sin defender á Diopites, á quien había de ser fácil justificarse, insiste en la necesidad de que Atenas se prepare para los acontecimientos ya inminentes, y de que, lejos de renunciar al poder de que dispone, lo aumente, lo robustezca y se aperciba para la guerra.

Pocos meses después, y en el mismo año 3 de la 109.^a Olimpiada, 341 a. Chr., pronunció Demóstenes la última, y como con razón ha dicho ya un crítico antiguo ⁴⁾, la más importante de las oraciones políticas suyas que hoy se conservan: la *Tercera Filípica*. No sólo representa ésta un progreso respecto de todos los discursos

¹⁾ Véase especialmente Spengel, *Die Demogorien des Demosthenes*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 9, p. 82.

²⁾ La observación de Blass, *Att. Beredsamkeit*, 3.^a parte, I, p. 301: «aun cuando nadie más que el mismo Demóstenes puede haberlo colocado delante», no resuelve la cuestión. Antes bien parece más verosímil la pérdida de un discurso entre este proemio y lo que sigue.

³⁾ § 33: τὸ γὰρ πρᾶγμα ὁρῶ προβαίνον, καὶ οὐχὶ βουλοίμην μὲν ἂν εἰκάζειν ὁρῶς, φοβοῦμαι δὲ μὴ λίαν ἐγγύς ἢ τοῦτ' ἤδη.

⁴⁾ Dionisio de Halicarnaso, *De Thucyd.*, c. 54, p. 947: ἐν δὲ τῇ μεγίστῃ τῶν κατὰ Φιλίππου δημηγοριῶν, lo cual, como con razón ha observado H. Weil, no puede referirse en manera alguna á la mayor extensión, como á menudo se ha sostenido; pues que para este caso habría escrito μακροτάτη. Además, la manera cómo Dionisio prosigue, al decir del discurso *Por la Corona* ἐν δὲ τῷ κρατίστῳ τῶν δικανικῶν... λόγῳ, no permite dudar de su intención.

anteriores, pues que su objeto era justificar la proposición de que se hicieran preparativos por mar y tierra y se enviaran embajadores con el fin de asegurar á Atenas la alianza de otros pueblos ¹⁾, sino que los aventaja á todos en el encono de los ataques contra Filipo, no menos que en la energía de las exhortaciones y consejos dirigidos á los atenienses. Reunir y concertar á los helenos, instruirlos y aconsejarlos, era la misión de Atenas, y al mismo tiempo el privilegio que, no sin vencer grandes peligros, habían conquistado las generaciones anteriores. A este recuerdo de un pasado glorioso, sigue inmediatamente la conclusión: «Mas si para conseguir el fin que pretendemos, cada uno de nosotros permanece constantemente cruzado de brazos, y sólo piensa en lo que hará para no hacer nada, no sólo no hallaremos quien se preste á suplir y reparar nuestra inacción, sino que temo mucho que, sobre no haber conseguido lo que deseamos, nos veamos á la postre en la necesidad de hacer lo que no queremos.»

Al lado del justo interés que por su forma y contenido despierta este discurso, último eco de la tribuna política de Atenas que ha llegado hasta nosotros, merece fijar nuestra atención la manera cómo nos ha sido transmitido. En realidad, descúbrense en él claros vestigios de una doble redacción; pero si, como no sin grandes visos de verosimilitud se ha supuesto ²⁾, lo escribió el mismo Demóstenes, no es fácil inquirir las razones que podrían explicar ciertas variantes.

Si fuera exacto, como ha observado un conocido investigador ³⁾, que las últimas oraciones contra Filipo eran también las que más honraban á Demóstenes, sería justo preguntar por qué no se ha conservado ninguno de los discursos políticos pronunciados por él en época posterior. ¿De cuánto interés no sería para nosotros el discurso que al tener noticia de la toma de Elatea, dirigió Demóstenes á sus conciudadanos, para levantar de nuevo su ánimo decaído y moverlos á buscar la alianza de Tebas, como el único medio de salvación ⁴⁾; ó aquel otro pronunciado en Tebas poco tiempo después, y elogiado por el historiador Teo-

¹⁾ § 70 y 71.

²⁾ Véase, para más pormenores, á Spengel, ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 3, p. 157; vol. 9, I, p. 112 y ss. H. Weil en su edición, p. 315.

³⁾ Véase H. Weil, Introducción, p. XXVI.

⁴⁾ Véase la notable descripción contenida en el discurso *Por la Corona*, § 169 y siguientes.

pompo ¹⁾, con el cual logró el gran orador entusiasmar á los tebanos y que aceptasen la alianza contra los macedonios! Es difícil determinar por qué esta oración, como otras muchas, jamás, al parecer, fué puesta por escrito. Aun cuando un estadista tan afamado como Demóstenes careciera en aquel tiempo de la necesaria holgura para ocuparse en publicar sus producciones, y aunque concediese poca importancia á la fama que pudieran darle sus discursos escritos, es de creer que algunos años después, ninguna de estas dos razones, por lo menos, había de ser ya para él bastante eficaz.

Sin embargo, para emitir un juicio definitivo sobre este punto, se necesitaría conocer más á fondo la cuestión. Sobre todo, sería necesario saber qué motivos determinaron la publicación de algunas arengas ó demegorias. Que estos motivos no podían reducirse única y exclusivamente al deseo de brillar y alcanzar fama por los trabajos oratorios, lo revela la existencia, en la Colección de demegorias que lleva el nombre de Demóstenes, de algunas arengas que evidentemente no son suyas, y que además no ostentan las relevantes cualidades que caracterizan las del gran orador. De uno de estos discursos, cosa ciertamente rara en casos como el presente, podemos determinar con seguridad casi completa, quien fué el autor. Nos referimos al discurso *Sobre Haloneso*, —título que debe á la mención que en su comienzo se hace de aquella pequeña isla, cuya posesión era entonces muy disputada, —el cual, según observación de Libanio, debiera llamarse mejor «Respuesta á la embajada de Filipo.» Era en realidad una réplica á otro discurso pronunciado por Piton—orador de la escuela de Isócrates, á quien Filipo confiaba á menudo misiones diplomáticas, y que fué oído con aplauso en la misma Atenas ²⁾—en apoyo de una carta del rey, de que él era portador, el año 2 de la 109.^a Olimpiada. Que esta réplica no puede ser en manera alguna original de Demóstenes, lo prueban varias noticias en ella contenidas. Fuera el discurso de uno de los embajadores enviados á

¹⁾ Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 18: ἡ δὲ τοῦ ῥήτορος δύναμις, ὡς φησὶ Θεόπομπος, ἐκρίπτουσα τὸν θυμὸν αὐτῶν καὶ διακαίουσα τὴν φιλοτιμίαν ἐπισκόπησε τοῖς ἄλλοις ἅπασιν, ὥστε καὶ φόβον καὶ λογισμὸν καὶ χάριν ἐκβαλεῖν αὐτοὺς ἐνθουσιῶντας ὑπὸ τοῦ λόγου πρὸς τὸ καλόν.

²⁾ Véase la oración *Sobre Haloneso*, § 20: καὶ γὰρ ἠὲδοκίμησεν ὁ Πύθων παρ' ὑμῖν ἐν τῇ δημηγορίᾳ.

Filipo para tratar la cuestión de Haloneso ¹⁾, fuera una acusación contra Calipo ²⁾, es lo cierto que no sólo ninguna de estas hipótesis conviene al gran orador de Atenas, sino que es, por otra parte, indudable, que el tono general en él dominante, recuerda mejor el estilo de Lisias que el de Demóstenes. Más razón, pues, que Dionisio de Halicarnaso, para quien sin embargo no pasó desapercibida esta última circunstancia ³⁾, parecen tener los críticos que opinan que este discurso no es de Demóstenes, sino de su correligionario *Hegesipo*, opinión contra la que nada hay que objetar ⁴⁾. Ni *Hegesipo* era del número de los oradores notables de su época, ni cabe la posibilidad de comparar una arenga suya con las arengas de Demóstenes. La diferencia entre una y otras es considerable. En los discursos de *Hegesipo* no se encuentra ni el más ligero vestigio de aquella sublime energía que sólo podía inspirar la pasión; su dicción, además, es poco esmerada, pues ni evita el hiato, ni la repetición frecuente de las mismas palabras; el hecho de ser á menudo idénticas las transiciones, da cierta uniformidad al estilo; finalmente, como con razón se ha observado ⁵⁾, el abuso de la ironía hace que allí donde quiere ser ingenioso, caiga en una insulsa acritud que no vemos en ninguna de las oraciones de Demóstenes ⁶⁾.

La cuestión varía en lo que respecta á la *Cuarta Filípica*. Los defectos de que su composición adolece, son palmarios; evidentemente está compuesta de varios fragmentos, algunos de los cuales forman parte de otros discursos de Demóstenes, y otros, como de su mismo contenido se desprende, es imposible atribuirlos al gran orador. Tal sucede sobre todo con un extenso razonamiento en favor de las llamadas Teóricas, ó fondos destinados á juegos públicos, cuyo empleo en cosas más útiles había pedido á menu-

¹⁾ § 2.

²⁾ § 43.

³⁾ *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 13, p. 994, dice de este discurso: ὁλος ἐστὶν ἀκριβῆς καὶ λεπτός καὶ τὸν Λυσιανὸν χαρακτῆρα ἐκμέμακται εἰς ὄνομα.

⁴⁾ Todas las razones arriba expuestas fueron ya aducidas por Libanio, quien en este punto sigue á otros críticos más antiguos. Véase *Harpocracion* en Ἡγήσιππος, Ἀλέξανδρος y Ἠλάτεια.

⁵⁾ *Vömel, Proleg. in orat. de Halonneso*, § 4.

⁶⁾ Tal sucede en la conclusión, § 45: ὅσοι δ' Ἀθηναῖοι ὄντες μὴ τῇ πατρίδι, ἀλλὰ Φιλίππῳ εὐνοίαν ἐνδείκνυνται, προσήκει αὐτοὺς ὑφ' ὑμῶν κακοῦς κακῶς ἀπολωλέναι, εἴπερ ὑμεῖς τὸν ἐγκέφαλον ἐν ταῖς κροτάφοις καὶ μὴ ἐν ταῖς πτέρυγαις καταπεπατημένῃν φορεῖτε. Véase *Hermógenes, περὶ ἰδεῶν*, I, 7.